

En primer lugar, y antes de abordar la presentación de los contenidos del Anuario de Movimientos Sociales correspondiente al año 2002, queremos dedicar unas líneas al recorrido del propio anuario como proyecto después de cuatro años de existencia.

Decíamos en la primera entrega que el anuario quería ser un espacio para «re-lexionar sobre los movimientos sociales desde ellos mismos». Éste sigue siendo nuestro horizonte en la edición del mismo. Sin embargo, quienes hayan seguido las tres entregas anteriores de este anuario habrán observado los cambios sucesivos en la organización de los contenidos y podrán ver que en ésta seguimos modificándola. No se trata de una deriva, sino de una búsqueda. Tratamos de encontrar un estilo propio que materialice en su forma y en su contenido las dos vocaciones que lo alimentan: la cadencia temporal anual y la reflexión escrita desde la experiencia en los movimientos sociales.

Para ello hemos dado más peso a la sección «El año en breve» que apareció por primera vez en el segundo anuario, correspondiente al año 2000, con la intención no de hacer una cronología o un registro, sino de evaluar los hechos relevantes, observar las tendencias y percibir las novedades presentes en el movimiento. Al crecimiento de esta sección han contribuido las autoras y los autores a quienes pedimos los primeros textos, pues aportaron a esta tarea el punto de vista, la capacidad de estar y de ver en un movimiento social y la de decirlo buscando un sentido. Y puesto que quienes han escrito los resúmenes del año están haciendo el estilo del anuario, nuestra intención es que colaboren de manera estable en él.

También con la intención de acercar el anuario a la vocación definida antes, hemos reformulado todo lo relativo a lo que denominamos «experiencias», reduciendo su número, limitando las voces, vinculándolas a su relevancia en el año reseñado y buscando una forma de contarlas que, en lo posible, trascienda la descripción para buscar la reflexión y desvelar los aprendizajes, los vínculos creados, los caminos abiertos.

Mantenemos, en cambio, sin modificaciones la parte dedicada a la reflexión por parte de autores y autoras que escriben desde cada movimiento social sobre temas que proponemos quienes coordinamos la edición del anuario. En esta entrega, el movimiento ecologista está presente con una entrevista; una forma dialogada de pensamiento que no queremos que desaparezca del todo de las páginas del anuario.

Nos parece que, en conjunto, los cambios introducidos en el anuario 2002 van a tener efectos positivos con respecto a la clarificación y ordenación de los contenidos, a su adecuación a las intenciones manifestadas y también por lo que se refiere a la ligereza de su lectura. Conseguir este resultado nos alegraría enormemente.

Pasemos ahora a presentar y comentar los materiales que este año componen el anuario. Para la entrega de 2002, en lugar de proponer como en años anteriores un tema transversal para que fuera pensado desde cada uno de los movimientos sociales reflejados en el anuario, señalamos para cada uno de ellos temas que nos parecían clave en el momento actual de cada movimiento. Temas que inciden en el cambio y por consiguiente en la resituación del movimiento, por lo menos en dos sentidos. En algunos casos se trata de cambios en el contexto que obligan a renovar el papel del movimiento si quiere seguir siendo tal en el nuevo escenario; en otros, los cambios se deben en mayor medida al impacto del propio movimiento que ha tenido capacidad de modificar las relaciones y las situaciones y que ha llevado a nuevos escenarios que ahora hay que afrontar. Es evidente que sólo se trata de una cuestión de acento, pues en la vida de un movimiento social están siempre en juego las dos dimensiones del impacto que interactúan dando resultados imprevistos.

En el primer caso, en el que el peso del cambio se halla en el contexto, en el momento sociopolítico, podríamos situar al movimiento obrero, al movimiento vecinal y, con matices, al movimiento pacifista. En el segundo, al movimiento feminista, al ecologista y al movimiento por la solidaridad.

Por lo que se refiere al movimiento obrero, nos encontramos con un movimiento institucionalizado orgánicamente en los sindicatos que debe afrontar, como señala Albert Recio, cambios en la estructura productiva que cercenan los derechos de las clases trabajadoras conquistados tras largas fases de lucha del movimiento obrero. Pero también este movimiento se encuentra con nuevos elementos en la composición de la fuerza de trabajo con la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo y la llegada de trabajadoras y trabajadores de otros países. Factores de cambio a los que hay que añadir en opinión del autor, los resultados del acceso universal de la población a la educación formal. Esta nueva situación no permite seguir con el sindicalismo clásico, requiere nuevos planteamientos que recojan las nuevas complejidades

El movimiento vecinal se encuentra en una situación de atomización, de gran diversidad de opciones y experiencias y de crisis orgánica, como queda plasmado en el resumen del año para el mismo. Hemos pedido este año una reflexión sobre cómo este movimiento afronta la llegada de «nuevos vecinos» a los barrios. La llegada de nuevos vecinos de otras culturas y

que se hallan en una situación legal, laboral y social muy dura. Ante este nuevo escenario, el movimiento vecinal, dada su situación, no ha iniciado una línea de reflexión y de trabajo sólida y coherente, pero sí ha empezado a dar respuestas locales muy variadas en diversos sentidos, como expone Virginia Rodríguez en su artículo. Según la autora, este movimiento puede jugar un papel doble en relación al nuevo escenario: por una parte dar respuestas o encauzar algunos problemas concretos a los que se enfrentan los colectivos de inmigrantes y, por otro, mediar en las relaciones entre las poblaciones que llegan de otras zonas y las poblaciones que las acogen y que se sienten «amenazadas» por su presencia. Buen ejemplo de la necesidad de este último papel de mediación es la experiencia que recogemos este año acerca de la movilización ciudadana contra la construcción de una mezquita en Premià de Mar.

En estos dos primeros casos, los movimientos se hallan en una situación de dar respuesta a nuevos escenarios en cuya configuración no parecen haber tenido capacidad de impacto. Frente a estos nuevos escenarios, el movimiento obrero y el vecinal no parecen de momento presentar mucha capacidad de innovación y alternativa

En cuanto al pacifismo y el antimilitarismo, parecía que después del pulso sostenido con el poder entorno a la entrada de nuestro país en la OTAN y de la gran oleada del movimiento de insumisión a la mili, este movimiento había quedado reducido al trabajo de grupos implicados en la crítica de la cultura belicista y de la violencia y a las respuestas más o menos masivas ante el estallido de guerras en diversos lugares del mundo. Una vez más, se reactiva este movimiento frente a la amenaza de guerra y sin embargo esta nueva oleada de movilización tiene elementos nuevos que vienen dados tanto por el contexto, como por el impacto del propio movimiento a lo largo de los últimos años. Por una parte, como señala Mariano Aguirre, afronta este movimiento una guerra por el control del petróleo dentro de un proyecto imperial que tensiona a su propia población con un clima de guerra interior y exterior permanente. Por otra, quien asume la respuesta contra la guerra es una sociedad civil crítica y global que manifiesta como nunca habíamos conocido su rechazo, no sólo de la guerra, sino de las actuaciones de gobiernos que no escuchan su voz.

Desde esta perspectiva, el movimiento pacifista presenta matices propios. Efectivamente, el escenario mundial de guerra parece reducirlo a la impotencia y, sin embargo, se pone de manifiesto un «pacifismo difuso» que el mismo movimiento ha contribuido a crear y que ha dado lugar a una fuerte movilización de rechazo a la guerra (de una guerra arbitraria, injusta e «ilegal») y de afirmación democrática de la población. Y en este escenario de movilización actual, quien tiene la legitimidad de convocar a la población y quien encabeza las manifestaciones es este movimiento —con sus diversas plataformas en todo el estado— articulado y encabezado por multitud de pequeñas organizaciones que han venido trabajando por la paz en los últimos años, a las que se unen los partidos políticos y los sindicatos. Se trata pues, de un pequeño movimiento desde el punto de vista orgánico, con una gran legitimidad

moral y con la suficiente creatividad y permeabilidad como para proponer grandes movilizaciones con sentido y acoger las iniciativas de quienes se activan contra la guerra.

En los tres casos que siguen, podríamos decir en cambio que son los propios movimientos los que han creado, o contribuido a crear, escenarios nuevos que les plantean nuevos retos. Han creado estos escenarios en la medida que han conseguido que los enfoques o las denuncias que querían hacer visibles hayan calado en la cultura de la gente y, en esta medida difusa, estén contribuyendo a cambiar las formas de vida y de relación entre las personas. Y como han calado en la sociedad, finalmente, han cobrado presencia en las agendas de las instituciones. Un escenario nuevo que les plantea el reto de proponer alternativas posibles sin abandonar su capacidad de reflexión radical.

El movimiento feminista está poniendo sobre la mesa un replanteamiento del concepto mismo de trabajo como resultado, por una parte, de su empeño en eliminar las barreras de acceso y permanencia de las mujeres al mercado de trabajo que ha sintonizado con el deseo de las mujeres de incorporar el trabajo remunerado a su biografía sin renunciar, sin embargo, a los trabajos de cuidados. Por otra parte, de su reflexión crítica acerca de la identificación del trabajo remunerado como único trabajo, identificación que responde a la experiencia masculina del mismo y oculta la realidad del conjunto de necesidades humanas que las mujeres atienden por medio del trabajo de cuidados.

Cristina Carrasco muestra cómo dos generaciones de mujeres han cambiado su relación tanto con el trabajo remunerado como con el trabajo de cuidados haciéndolas más conscientes y queriendo dar sentido a ambos. La autora plantea el reto que supone para la nueva generación de mujeres —y para el movimiento feminista— el pensar cómo —por medio de qué propuestas— se puede caminar hacia una organización social que asuma, en lugar de ignorar, la necesidad de los trabajos de cuidados. Una organización social que no subordine la organización del tiempo de trabajo y de vida a la producción mercantilizada de bienes y servicios, sino que, al contrario, ponga a las personas con la gran diversidad de sus necesidades en el horizonte de todas sus decisiones.

El movimiento ecologista es un caso claro de la capacidad de los movimientos sociales de detectar nuevos problemas, manifestar malestares y abrir espacios de reflexión. También de su capacidad de incidir en las dinámicas políticas, sociales y culturales. Como plantea Joaquín Nieto, la misma existencia de las cumbres mundiales sobre medio ambiente constituye la respuesta institucional a los problemas medioambientales denunciados por el movimiento ecologista y avalados por la comunidad científica. Ha sido precisamente el trabajo de investigación y reflexión en este terreno el que ha permitido pasar —en cumbres como la de

Johanesburgo— de hablar de problemas medioambientales a plantear la necesidad del Desarrollo Sostenible como alternativa de futuro. Por otra parte, como también comenta Nieto en la entrevista, durante los últimos años se ha avanzado en lo que se refiere a normativas y legislaciones pero no se ha frenado la velocidad del deterioro. Y aquí se plantea el nuevo reto para el movimiento ecologista: la transformación de los modos de producción y consumo que nos vinculan a un modelo energético y a unas formas de depredación de los recursos naturales. Muestra de que esto es imprescindible ha sido este año el desastre del Prestige. Indicio de que entre la población está creciendo una nueva conciencia medioambiental y un compromiso activo con ella han sido tanto la respuesta ciudadana a la catástrofe ecológica en las costas gallegas, como la movilización masiva de las poblaciones de Aragón y Cataluña contra el Plan Hidrológico Nacional y a favor de una Nueva Cultura del Agua que también reseñamos en este anuario.

El movimiento por la solidaridad en su vertiente de cooperación al desarrollo, ha sido por su parte un movimiento que en la década de los ochenta abrió nuevas formas de compromiso y de trabajo en el ámbito de las relaciones Norte-Sur y que ha llegado a vehicular entre el 10 y el 15% de la ayuda a los países en vías de desarrollo. Este movimiento que, como señala Dominic Wyatt, fue considerado hasta mediados de la década de los noventa como una expresión del dinamismo de la sociedad civil y como una respuesta a los fracasos de la cooperación oficial, empezó a ser cuestionado a partir de 1995 por medio de diversas informaciones que ponían en duda su eficacia e incluso revelaban casos de burocratización y desviación de fondos. Los retos a los que este movimiento se enfrenta, según el autor, son tanto el de realizar una evaluación fiable de sus proyectos y mejorar el trabajo directo de cooperación, como el de intentar incidir en las decisiones ya sea en forma de presión como de negociación. Es decir, las organizaciones de este movimiento se mueven en la tensión que produce el diálogo con el poder y, a su vez, el trabajo autónomo que permite enfrentarse a él. En este último sentido el autor propone fomentar la educación para el desarrollo en nuestras sociedades como forma de promover cambios de actitudes y valores orientados a la construcción de un mundo más justo.

Una de las dimensiones más apasionantes y al tiempo menos trabajadas (por su dificultad analítica) en los estudios sobre movimientos sociales, es definir su impacto. Saber con exactitud que es lo que logran con sus movilizaciones. La acción social puede lograr éxitos en el nivel cultural, o en el político o en el fortalecimiento del propio movimiento; y dentro de cada nivel existen múltiples subniveles, clasificaciones, cruces de impactos, etc. Y por otro lado, la complejidad se acrecienta cuando debemos determinar cuál ha sido el verdadero papel del movimiento en el resultado; es decir, en qué medida ha sido el movimiento el que ha generado el impacto o han sido (y cuáles) otros factores los que han provocado este resultado.

El tema es difícil. Por tanto las reflexiones que hacemos en este prólogo, así como los

concretos artículos que se comentan en el mismo, hacen una aportación parcial a esta «teoría de los impactos». Parcial, pero sugerente. Efectivamente, resulta un buen baremo para observar la robustez del potencial transformador de un movimiento social, el aplicar a los mismo la distinción entre proacción y reacción. Ver si es capaz de construir nuevas condiciones, contextos sociales y políticos, favorables a sus pretensiones y a los que sus vez es capaz de responder o, por el contrario, sólo puede responder a la agresión exterior, sólo puede defenderse. Creemos que la distinción es relevante y nos permite (esperemos que también al lector ) tener un buen criterio para calibrar/ valorar el impacto de cada movimiento.